



SOCIOLOGIA

Sección española.

EL PROBLEMA SOCIAL

(CONTINUACIÓN)

Todos sabemos que el niño debería, por lo menos, estar familiarizado con las fuerzas de la Naturaleza, que algún día tendremos que utilizar; que debería estar preparado para vivir en paz y en armonía con el constante progreso científico y técnico; que debería estudiar ciencias y aprender un oficio. Esto puede concederle todo el mundo; pero, ¿qué es lo que hacemos? Desde la edad de diez años, ó aun de nueve, mandamos á la criatura á que empuje una vagoneta en una mina, ó á amarrar, con la agilidad de un monito, los dos extremos del hilo roto en la máquina de hilar. Desde la de trece, obligamos á la muchacha—que es una criatura todavía—á trabajar como una «mujer» en el telar doméstico, ó á consumirse en el envenenado y caliginoso ambiente de una fábrica de tejidos de algodón, ó tal vez á perder la salud en una fábrica de cerámica del condado de Strafford. En cuanto á los que tienen la rara suerte relativa de recibir alguna educación, fatigamos su inteligencia con un trabajo tan prolongado como inútil, los privamos conscientemente de toda posibilidad de llegar á ser productores, y bajo un sistema de educación cuyo objetivo es la «utilidad» y los medios la «especialización», hacemos trabajar, hasta llegar al aniquilamiento, á las maestras que toman á pecho su labor. ¡Qué torrentes de inútiles sufrimientos no hacen caer sobre el mundo esos pueblos que se llaman civilizados!

Cuando volvemos la mirada al pasado, y vemos allí los mismos sufrimientos, podemos decir que tal vez eran entonces inevitables á causa de la ignorancia que existía. Pero el entendimiento humano, estimulado por nuestro moderno Renacimiento, ha indicado ya nuevos caminos que seguir.

Durante miles y miles de años, la producción del alimento era una carga, casi un castigo para la humanidad. Pero ya eso no es necesario. Si os hacéis vosotros mismos el suelo, y en parte la temperatura y la humedad que cada cosecha requiere, veréis que la producción del alimento anual de una familia, en condiciones racionales de cultivo, necesita tan poco trabajo, que casi puede hacerse como un mero cambio de ejercicio. Si volvéis á la tierra y cooperáis con nuestros vecinos, en vez de levantar altas tapias para ocultaros de su vista; si utilizáis lo que ya nos ha enseñado la experiencia y llamáis en vuestra ayuda á los inventos de la ciencia y el arte, que jamás dejen de responder al llamamiento—mirad, si no, á lo que han hecho respecto á la

guerra;—os quedaréis sorprendidos ante la facilidad con que podréis extraer del suelo un alimento rico y variado. Admiraréis la cantidad de conocimientos útiles que vuestros hijos adquirirán á vuestro lado, el rápido crecimiento de su inteligencia y la facilidad con que se harán cargo de las leyes de la Naturaleza animada é inanimada.

Tened las fábricas y los talleres cerca de las huertas y tierras de labor, y trabajad en unas y otras alternativamente. No refiriéndome á esos grandes establecimientos donde se funden los metales en grande escala, y que deben mejor situarse en lugares determinados, indicados por la misma Naturaleza, sino á la innumerable variedad de talleres y fábricas que son necesarios para satisfacer la infinita diversidad de gustos de los pueblos civilizados. No á esas fábricas, en las que los niños pierden hasta su apariencia de seres humanos en la atmósfera de un infierno industrial, sino á aquellas ventiladas, higiénicas y, por consecuencia, económicas, en las cuales la vida humana se tiene en más valor que las máquinas ó el deseo de aumentar las utilidades, y cuyos modelos, aunque limitados, se van ya encontrando en varias partes; fábricas y talleres hacia los que los hombres, las mujeres y los niños no se verán arrastrados por el hambre, sino atraídos por el deseo de encontrar una ocupación en armonía con sus inclinaciones, y en donde, ayudados por el motor y la máquina, elegirán el ramo de actividad que más les satisfaga.

Que esas fábricas y talleres se erijan, no para hacer negocio, vendiendo cosas inútiles y nocivas á los esclavizados africanos, sino para satisfacer las necesidades desatendidas de millones de europeos; y entonces os maravillará el ver con qué facilidad y en qué poco tiempo pueden cubrirse nuestras necesidades de vestidos y de miles de artículos de lujo, desde el momento en que la producción se encamine á satisfacer verdaderas necesidades y no á engordar á los accionistas con grandes dividendos, ó á derramar el oro en el bolsillo de los promotores ó directores en grande. Pronto os sentiréis interesados en ese trabajo, y tendréis ocasión de admirar en vuestros hijos su vivo deseo de conocer la Naturaleza y sus fuerzas, sus insistentes preguntas respecto al poder de la maquinaria y la rapidez con que se desarrolla en ellos su genio inventivo.

Tal es el porvenir, ya posible, ya realizable; tal es el presente, ya condenado y próximo á desaparecer. Y lo que nos impide volverle la espalda á este presente y marchar hacia el porvenir, ó, al menos, dar los primeros pasos hacia él, no es la «deficiencia científica», sino, lo primero, nuestra estúpida ambición—la del hombre que mató la gallina que ponía huevos de oro;—después, nuestra inercia mental, esa cobardía del entendimiento, tan cuidadosamente amamantada en tiempos pasados.

Durante siglos, la ciencia y los llamados conocimientos de la vida práctica le han dicho al hombre: «Conviene ser rico para poder satisfacer nuestras necesidades materiales; pero el único medio de alcanzarlo es el de educar de tal modo vuestra inteligencia y vuestras aptitudes que os permitan obligar á otros hombres esclavos, siervos ó asalariados, á producir esa riqueza para vosotros.

»No hay más remedio que elegir: ú os conformáis con formar parte de los campesinos ó artesanos que, por mucho que los economistas y moralistas les prometan para el porvenir, están ahora condenados periódicamente á morir de hambre, después de cada mala cosecha ó durante sus enfermedades, y á ser ametrallados por sus propios hijos en el momento que pierdan la paciencia, ó tenéis que desenvolver vuestras facultades, á fin de llegar á ser un jefe militar de las masas armadas, una de esas personas que se convierten en rueda de la máquina gubernamental del Estado,

ú otra de aquellas que especulan con sus semejantes en el comercio ó en la industria.»

Durante muchos siglos no ha habido más alternativa, y los hombres han seguido ese consejo, sin encontrar en él la felicidad, ni para ellos ni para sus hijos, ó para aquellos á quienes han pretendido preservar de mayores infortunios.

Pero el conocimiento moderno tiene otra cosa que ofrecer á los hombres pensadores. Les dice que para ser ricos no necesitan quitarles el pan de la boca á los demás, sino que lo más racional sería establecer una sociedad en la que los hombres, con el trabajo de sus brazos y de su inteligencia, y ayudados por las máquinas ya inventadas y por inventar, creasen ellos mismos toda la riqueza imaginable. No serían las ciencias y las artes las que se quedasen retrasadas, si la producción se dirigiese por tal vía. Guiadas por la observación, el análisis y la experiencia, responderían á todas las exigencias posibles. Reducirían el tiempo que se necesitase para producir de todo hasta donde se quisiera, á fin de dejar á cada uno, varón ó hembra, todo el tiempo libre que pudieran desear. No podrían, seguramente, garantizar la felicidad, porque ésta depende tanto, ó tal vez más, del individuo mismo, que del medio en que vive. Pero, al menos, garantizarían la que puede encontrarse en el completo y variado ejercicio de las distintas facultades del sér humano, en un trabajo que no necesitaría ser exagerado, y en la conciencia de que uno no procuraría basar su propia felicidad sobre la miseria de sus semejantes.

Estos son los horizontes abiertos ante las inteligencias que han logrado emanciparse del error y la preocupación.

P. KROPOTKINE.

EL SOCIALISMO SE IMPONE

VI Y ÚLTIMO

En el artículo anterior, arrastrados por la indignación que nos produjo la ligera reseña de los males y víctimas que ocasiona la civilización actual, nos adelantamos á condenarla con exclamaciones y anhelos, como si ya hubiésemos concluido este trabajo. Y aunque no pretendemos, ó mejor, no presumimos de haber llevado á cabo un trabajo lleno de demostraciones y desarrollo lógico, por las mil circunstancias que á ello se han opuesto, y porque al darle principio no pensábamos habernos engolfado ni extendido tanto en el asunto, no conceptuábamos, sin embargo, que estuviera concluido; ya que no queremos extendernos en más consideraciones, debemos tratar de resumirlo.

Concluíamos afirmando que el parlamentarismo, fundamento capital y baluarte en que se apoya y parapeta la actual sociedad contra los embates de las olas de la opinión, que la amagan de muerte, resulta impotente para el bien de la sociedad, y que era, por tanto, una negación del progreso.

Diremos, además, que las únicas esperanzas con que aún pudiera engañarse y contener la desesperación y desencanto de los pueblos y defenderse los elementos directores de la moderna civilización de la inminente ruina que amenaza destruirlos, como la colonización y el radicalismo democrático del continente americano, están ya des-

vanecidas en la conciencia de los pueblos y patentizado por la realidad de los hechos que no eran más que ensueños engañosos. Demostremoslo.

Las naciones de Europa, por querer abrir nuevos mercados á sus producciones y adquirir territorio donde vaciar el exceso de miseria que se acumula en su numerosa población, necesitan mantener en pie de guerra grandes y costosos ejércitos, resultando completamente contraproducentes los empeños con tales medios, pues las utilidades de las empresas no compensan, ni con mucho, los gastos excesivos de tan imponentes fuerzas, por lo que la miseria aumenta grandemente y la colonización es del todo infructuosa. Por otra parte, los pueblos llenos de miseria ya no emigran encantados con sueños de ambición, sino desesperados, con el corazón rebosando odio y el cerebro ideas, acusadoras unas de la tiránica explotación que los hace huir, y redentoras otras, en las que cifra su esperanza y que á donde quiera que van las manifiestan y exponen, haciendo prosélitos en todas partes.

Y en cuanto al radicalismo democrático de la América, los Estados Unidos, cuyo ejemplo se citaba no sólo como el *summum* de todos los progresos materiales, sino como modelo de libertad, y en cuyo templo jamás se había rechazado ningún principio ni se había mancillado ninguno de los puros destellos que irradiaban de su corona con violencia alguna en contra del sér humano por la manifestación de ninguna idea, cayeron del pedestal el año de 1887 con los sucesos memorables de Chicago. Ya para los hombres estudiosos, mucho antes presentaba la gran República los vicios de origen falso, como los de los demás países en cuanto á justicia social; pero para el vulgo necesitábase un suceso como aquel en que, con la sentencia de muerte y la condenación de ocho individuos, se sentenció y condenó todo el esplendor y falsos reflejos de un siglo de libertad y la fascinación que sus progresos materiales ejercían.

En resumen: si la vida del hombre no es otra cosa que una eterna lucha en busca de felicidad; si esa lucha, en la salvaje superficie del globo, se ha convertido en artística, cómoda y culta, con sus maravillas de templos, puentes, edificios, jardines y paseos; de canales, túneles y cables; de vías, poblaciones, calles y plazas; de mecánicos transportes de tierra y mar, y de una bestia perdida en grupos por los bosques y las cuevas, de aspecto feroz y repugnante, como debía ser el hombre en su origen, se ha cambiado en el culto elegante, refinado, sondeador, pensador y habilidoso; si para llegar al grado de la actual cultura ha pasado por cataclismos espantosos y sangrientas hecatombes, construyendo todas esas maravillas y todos los adelantos sobre montones de cadáveres y á costa de crueldades y crímenes horrendos, sancionados por bárbaras y monstruosas teorías; si este sangriento y trabajoso progreso lo ha realizado la humanidad por etapas de siglos, en las que todas las generaciones y las actividades todas fueron preparando con guerras su trabajo, sus inventos, sus especulaciones filosóficas, sus dolores, sus necesidades; si cada etapa histórica de la vida humana prepara las bases de la venidera con teorías, hijas siempre de la acumulación de conocimientos y de las necesidades y sufrimientos con que hasta hoy se caracterizaron todas las épocas; si ha sido tal la necesidad de la humana especie, de aliviar sus dolores que por más que no dejaba de luchar en la tierra por conseguirlo, fué á buscarlo á los cielos, á los astros, á los elementos, á los monstruos y hasta á los reptiles (1), (tantas fueron sus aberraciones); si cada época histórica ha tenido su doctrina, su ciencia, la ciencia de la razón de su existencia, y á pesar de eso se han desarrolla-

(1) Véase, entre otros, *Las Ruínas de Palmira*, por Volney. (N. de V. G.)

do otras teorías, otra ciencia y otra filosofía que, haciendo la crítica de la dominante, ha sentado las bases de otras más progresivas de sociedades venideras; si no ha habido hasta el presente justicia para el pueblo trabajador (por más que á medida del progreso general se ha elevado su nivel intelectual y moral, y hasta sus comodidades se han aumentado), y el fin de las sociedades humanas y de los conocimientos adquiridos, y los que se adquirieran, no puede ser otro, como no podía dejar de serlo, que la realización de la justicia, la consecución del bienestar y de la felicidad para todos los seres ó para todos sus miembros; si hasta los momentos actuales todos los grupos de intereses, pasiones y elementos que han tenido vida manifiesta y fueron oprimidos, se han redimido, y quedan sólo los trabajadores sin realizarlo; si para llegar á los actuales momentos, y para el triunfo de las clases dominantes, fueron destruidos todos los errores del pasado, todas las esperanzas y prestigios que ayudaban á la conformidad de la clase trabajadora, como dioses, reyes, señores y todas las potestades, dándole sólo á la razón autoridad para presidir los actos de los hombres y de la vida social; si esta razón y la ciencia son las que han hecho nacer y desarrollarse en este siglo la filosofía y doctrinas socialistas, como ideal nuevo que debía realizar la justicia, redimir á los trabajadores y al trabajo, elevando éste á la categoría de autoridad única universal necesaria, presidiendo la vida de las sociedades; si la actual sociedad perdió todos los ideales nobles del bien y virtud, porque realizó su anhelo, los fines filosóficos y utilitarios que le dieron vida y perseguía, dejando permanentes para una gran parte de la humanidad todos los dolores, miserias, humillaciones, bajezas, crímenes y degradaciones; si á nuestro siglo no le quedan más ideales que perseguir á los que realicen el alivio de esos terribles males, y los interesados, ó sean las víctimas, van cada día engrosando el ejército de los creyentes y defensores; si la ciencia, la filosofía y la literatura acérceanse demostraciones é ideales que, rompiendo con todas las categorías de principios é ideas del pasado, forman como el sedimento y bases de nuevas sociedades, de la sociedad del porvenir; si por el portentoso desarrollo mecánico é industrial, el telégrafo, la imprenta y la ciencia lanzan ante la inteligencia miles de resplandores de luz; y, si, por último, en todas las edades de la vida humana ha habido necesidades ideales que las representaran, y si, en la sociedad actual, el ideal que persiguen las víctimas es el libertario, podemos muy bien afirmar que el triunfo de nuestras doctrinas está en la aspiración de todos los hombres de buena voluntad, y que es la resultante de todos los progresos sociales y científicos.

El socialismo libertario se impone, pues.

Sección del Exterior

EVOLUCIÓN DEL DARWINISMO SOCIOLÓGICO

(CONCLUSIÓN)

VII

Por la exposición que precede se ve que el darwinismo evolucionando se ha encargado de una parte de nuestra crítica, porque llega á reconocer que la lucha por la

existencia es el factor principal de la evolución social y no la condición del progreso de las sociedades ó de las instituciones de éstas.

La evolución social es efecto de numerosas causas, en las cuales la solidaridad, la cooperación, la asociación, el apoyo mutuo y el acuerdo para la vida, son leyes tan naturales como la lucha. Esta ley del acuerdo es casi un factor más importante que la lucha misma. Darwin y sus más autorizados discípulos la reconocen.

La preponderancia gradual del principio del acuerdo sobre el principio de la competencia es manifiesta en el curso de los siglos, á medida que los intereses de la producción son mayores que los de conquista. La multiplicación de subsistencias y de medios para producirlas, el desarrollo de la industria bajo todos sus aspectos, la división del trabajo y las múltiples necesidades del comercio y el cambio, restringiendo los campos del antagonismo, solidarizan las energías y hacen penetrar progresivamente las aspiraciones pacíficas en la conciencia y la voluntad social. De otra parte, á medida que las clases productoras realizan su emancipación política, la opinión de los gobernados, para quienes la guerra no produce más que gravámenes, se convierte, con el crecimiento de sus riquezas, en una potencia con la que cuentan las clases gubernamentales ó las casas reinantes, por más que la historia de la guerra es también la historia del progreso de la idea de paz. Las guerras disminuyen, son más cortas y menos salvajes de día en día. En nuestros días, particularmente, la decadencia del reinado de la fuerza brutal va creciendo. El proletariado del antiguo y nuevo mundo no tiene ya humor batallador y patriotero, y en sus asambleas populares brilla el carácter internacional como manifestación de la vida social moderna. El soldado no inspira ya admiración de grandeza. Los esfuerzos que se hacen para volver al militarismo su antigua popularidad son falsos, según ha dicho Mr. de Molinari (*Evolución política y Revolución...* pag. 184), y el servicio obligatorio es un motivo tonto, una farsa nueva. Sólo el temor al guardia civil y la rutina del vulgo lleva al ejército á la juventud. La gloria de los guerreros se eclipsa ante la de los inventores; los sabios y los artistas son soñadores, cuya misión es cicatrizar las heridas de la guerra y asegurar por una acción concertada la explotación de las fuerzas vivas de la Naturaleza en beneficio de la especie humana. La cooperación de las energías humanas para la conquista del mundo inorgánico, del vegetal y animal, ha sido causa más activa de la asimilación de las unidades etnográficas originales, que el sable, el fusil ó el cañón; y debido á estas energías, estamos en el camino que nos lleva á realizar el sueño de la confederación de los pueblos. El relato de los conflictos de toda clase en los que han intervenido los pueblos, las razas y las sociedades, no puede servir como norma para el futuro; sería un punto de vista incompleto. No son los instintos de combatibilidad la causa esencial de que sobrevivan unos en detrimento de otros. Los seres más aptos y que más condiciones reúnen para sobrevivir son los que se ayudan mutuamente. Estos llegan cada uno en su esfera respectiva «al mayor grado de inteligencia y más desarrollo en su organización». El acuerdo y el apoyo mutuo para la vida son también leyes naturales cuya importancia es más eficaz que la competencia, puesto que favorece «el desarrollo de hábitos y caracteres que garantizan y mantienen el desenvolvimiento ulterior de la especie y la mayor suma de bienestar y felicidad para el individuo con menos gastos total de energía».

Los hechos confirman la tesis. La Historia Natural nos muestra la eliminación gradual de especies grandes y fuertes, que principió hace decenas de siglos por la desaparición de los mastodontes y los ictiosauros y acaba hoy por otras especies y los

cetáceos, y no obstante sobreviven todavía la ardilla, el murciélago, el ciervo, la liebre y el mono, cuyo origen se remonta á las más remotas épocas geológicas. Esto nos demuestra que el acuerdo entre individuos que aislados perecerían infaliblemente, contribuye poderosamente á su desarrollo y conservación. Las palomas mensajeras de América, por ejemplo, desafían los más ágiles y poderosos rapaces alados, porque éstas forman asociaciones poderosas, que ocupan en el espacio un kilómetro de ancho por 10 ó 12 de largo y cuyo número de individuos asciende á veces, según Wilson, á dos millares de millones. Hay, según dice Kropotkine citando á Kersler, halcones que, dotados de una organización casi ideal para la lucha, están en decadencia, mientras que los halcones sociables prosperan. Las gaviotas, los patos salvajes y otras especies viven todavía en las costas del Océano, de donde no han podido desalojarlas enemigos más fuertes y astutos, porque, formando grupos compactos, vencen sin grandes esfuerzos á los bandidos del aire. Entre los mamíferos, las especies sociables búfalos, renos rengíferos, monos, etc., tienen una incomparable superioridad numérica sobre los carnívoros, que son insociables. Es un hecho manifiesto el que estas especies han resistido contra enemigos mejor armados que ellas por su instinto de asociación. La gran familia de los caballos salvajes, por ejemplo, ha sobrevivido á los ataques de enemigos tan terribles como el lobo, el oso y el león. Cuando en uno de estos grupos se rompen los lazos de la asociación, ya por falta de confianza ó por efecto de pánico repentino, el rebaño desaparece rápidamente, á veces hasta su último miembro. Existen casos conocidos (hormigas, termitas, abejas) que prueban de un modo elocuentísimo que el poder de la asociación compensa la falta de fuerza individual. La langosta huye de las tribus de hormigas guerreras y los lagartos las temen.

Si estudiamos las razas humanas, constatamos que nuestra especie, mal armada en su origen, es la que más se ha multiplicado por su inteligencia y espíritu de asociación. De otra parte, á pesar de la desaparición de ciertos pueblos y de las conjeturas pesimistas sobre el porvenir de ciertas unidades etnográficas, el número de hombres aumenta sin cesar, mientras que el de las especies animales disminuye de día en día. De entre las razas humanas las que más se multiplican son las más sociables, la blanca y la amarilla. Lo contrario sucede con las que viven aisladas ó en pequeños grupos, que las que no han desaparecido están en vía de desaparecer, y las menos coherentes no pueden subsistir más que en las regiones donde la Naturaleza las protege. El arriano y el chino han invadido todas las comarcas del universo, mientras que el Africa, donde las rivalidades entre las tribus son tan frecuentes, es una vasta necrópolis de pueblos muertos.

Si de la etnografía pasamos á la historia propiamente dicha, observaremos una gradación de asociaciones superpuestas unas á otras en razón directa á la extensión de sus dominios. El principio lo hallaremos en el de los sexos por la formación de la pareja andrógena, y la continuación son una serie de etapas bien conocidas: la horda, la tribu, la ciudad, el municipio, la provincia, la nación. Siempre los pueblos más fuertemente unidos han triunfado sobre los demás ó les han impuesto su civilización. La causa principal de la caída de los imperios es la falta de solidaridad entre los diversos miembros de sus organismos. El imperio romano sucumbe ante los bárbaros por esta razón que, si no es sola, es la principal. Ningún lazo religioso, político ó social unía la cooperación de las innumerables fuerzas diseminadas sobre un vastísimo campo de acción, y la indiferencia de unas unidades sociales con relación á las otras, ó los mutuos antagonismos entre ellas, las exponía á desaparecer inevitable-

mente. ¿La muerte de estas potencias anodadas es debida á la eliminación de los dolicoides por los braquicéfalos? Para afirmarlo es preciso tener, como Mr. Vacher de Lapouge, una fe vivísima en la virtud del índice cefálico, y nosotros ya hemos expuesto en otra parte nuestra opinión sobre esta teoría que hace depender toda la psicología de los pueblos y la historia de la civilización de la diferencia de grados en el largo y ancho de la cabeza, en el color más ó menos rubio de los cabellos ó del iris, en un poco más de pigmento en las células profundas de la epidermis. Además, decir que la humanidad no cambia de naturaleza es una concepción que no resiste el examen. Que el criterio del progreso sea difícil á determinar, porque en los antecedentes del problema entran una multitud de coeficientes individuales que no pueden juzgarse con una medida común, es, no obstante, incontestable que las condiciones de existencia de la humanidad se han modificado de época en época en el sentido de libertarse de las fuerzas externas é internas que la esclavizaban en su origen, y ha adquirido ciertas condiciones que aseguran su existencia, porque sabe adaptarse al medio en el que está llamada á vivir. Y estas condiciones aumentan sin cesar por la participación creciente de cooperadores á la obra común.

La extensión del dominio de la civilización así entendida, es correlativa de la extensión del dominio del principio del acuerdo para vivir. Los hombres aislados al principio en pequeñas poblaciones en las cimas de los montes, descendieron gradualmente hacia el llano á lo largo de los valles y llegaron progresivamente á las orillas de los grandes ríos. Ya en estas orillas el contacto fué más fácil entre pueblos, tribus y razas, y la cooperación más posible y por consecuencia más ventajosa. Descendiendo así, los unos delante de los otros, más que á la guerra van á la conquista de las riquezas naturales. Más tarde, llegan hasta las orillas de los mares interiores y luego á las de otros mares, también interiores, pero más vastos, á el Atlántico, que no es, en suma, más que un Mediterráneo inmenso. Llegaron por fin al Pacífico, inaugurando un período de civilización oceánica que solidarizará las razas todas del universo, organizando una coordinación general y más compleja del esfuerzo individual para vivir y perpetuar la especie.

Hay, pues, una ley que compensa los desastres de la competencia; es la ley de asociación ó del acuerdo, indispensable á la conservación y desarrollo de las unidades de toda especie. Mr. Espinas dice respecto á esta cuestión: «Se lucha en detrimento unos de otros, pero para morir, generalmente no se asocia nadie, y sí para vivir y conservar la vida.» El acuerdo es además la ley misma de la vida. El individuo es una colonia de células, cuya existencia no es posible más que por una estrecha energía de las funciones, y la conciencia, cuando éste la posee, un compuesto de múltiples conciencias que contribuyen á disipar los *escrúpulos* del órgano donde se centralizan. Si no es así es porque la vida no es absolutamente egoísta, sino que hay en ella elementos de simpatía y altruismo. La función nutritiva es como la define Guyau, una especie de gravitación sobre sí mismo; pero la función de generación no es un gasto egoísta que libre al individuo de una acumulación excesiva que le perjudica; es también una aspiración altruista, puesto que con ella da el ser una de sus partes para producir la vida.

Se puede aún ir más lejos y decir que el acuerdo es una ley general de toda existencia orgánica é inorgánica. La evolución de los mundos celestes es una manifestación inmensa de dependencia ó recíproca solidaridad de los sistemas solares y planetarios entre sí. Un cuerpo físico no existe si entre las partes que le componen no hay

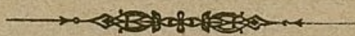
esta misma solidaridad, y su resistencia está en razón directa de la cohesión molecular. Como se ve, la vida individual implica también cooperación en la división del trabajo que corresponde á cada uno de sus diversos órganos. La sociedad es la manifestación más compleja de la ley universal del acuerdo.

Así, pues, ese factor de la evolución domina la acción de la competencia en todo el universo y en todas las fases de su desarrollo, desde el estado de dispersión molecular de la nebulosa primitiva hasta el período futuro en el que el equilibrio móvil, seguido de una disolución de los agregados, será, según Spencer, el punto de partida de una nueva evolución del sistema.

Sería interesante buscar, y nosotros nos proponemos hacerlo en estudios ulteriores, cómo se manifiesta esta cooperación en la actividad social durante el curso de la prehistoria y la historia, bien sea estudiando el origen de la evolución, el porvenir de las sociedades y de las formas gubernamentales, ó bien examinando en sus detalles las transformaciones de sus mecanismos y los sistemas de relaciones especiales que han unido á los individuos en las sociedades durante el curso de las edades. Veríamos que el acuerdo está caracterizado por un concurso que, á medida que la conciencia y la libertad individual progresan, se organiza bajo la forma cada día más preponderante de las condiciones que determinan los contratos, y tanto es así, que la instauración de un régimen de autonomía en la cooperación, no impuesto por contingencias políticas ó económicas, sino voluntariamente admitido, parece ser la orientación en la evolución social.

C. FAGES.

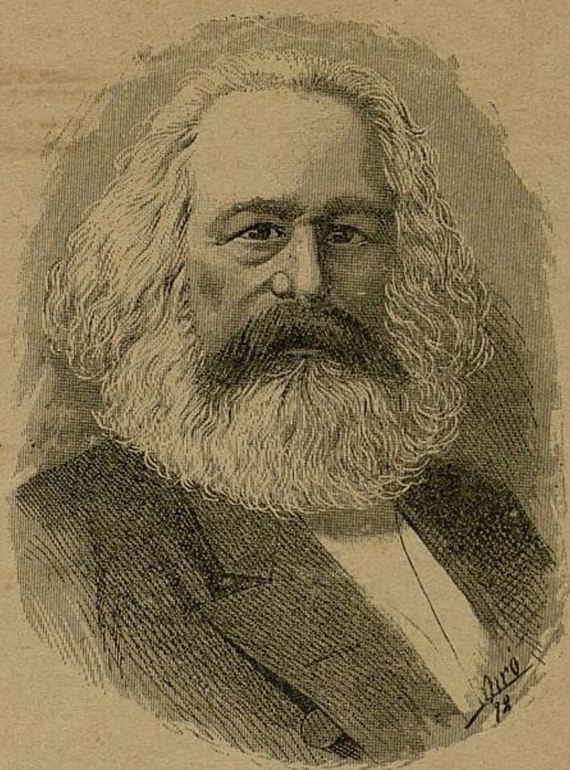
(Traducción de A. López.)



LA REVISTA BLANCA

Sociología, Ciencia y Arte.

La colección de esta Revista, que compone un volumen de 700 páginas, con los grabados y biografías de Bakounine, Zola, Sebastián Faure, Pí y Margall, Koch, Proudhon, Luisa Michel, Gerardo Hauptman, Víctor Hugo, Tolstoï, Ibsen, Malato y de otros artistas, científicos, sociólogos y revolucionarios, puede adquirirse en esta Administración por 4 pesetas.



Carlos Marx.

Trazar la biografía de Carlos Marx es tarea muy difícil para el que comprende que no se puede hablar de los caracteres sin hablar del medio y del tiempo que los ha formado.

Los genios, y tal es nuestro biografiado, son así como la resultante y la encarnación, al mismo tiempo, de un espíritu social en embrión ó de un estado indefinido, pronto á tomar forma concreta.

No se puede hacer la historia de la astronomía sin hablar de su nebulosa, la astrología; no se puede historiar á la química sin antes mentar la alquimia, y no se puede reseñar la sociología sin acordarnos de sus padres: la política y la economía. La ciencia, aun aquella que como la psicología, participa de las abstracciones metafísicas, no es una cantidad separada.

Todos los ramos del saber tienen un origen común y un fin común. El origen es el desconocimiento de la naturaleza, y el fin el conocimiento de esta misma naturaleza. La madre de todas las ciencias, la metafísica, es hoy un arcaico científico, y la metafísica no era otra cosa que un esfuerzo que hacía el espíritu humano para explicarse fenómenos de la naturaleza física é intelectual. Así, las religiones primitivas, aquellas que no se revelaban ni se transmitían por catálogos, nacieron también de los mismos fenómenos naturales, y cuando de la religión, es decir, del temor,

salió el primer razonamiento, el primer átomo científico, aquélla convirtiéndose en fuerza, al convertirse en privilegio.

El que intente encontrar la causa de un fenómeno psicológico cualquiera, que no la busque después de la generación del hombre, porque no la encontrará; y el que intente conocer el origen de un fenómeno cósmico, que no dirija sus pasos hacia el punto y hora que se dió por constituido el globo terráqueo, porque sus investigaciones serían infructuosas. El origen de todo fenómeno no está en la forma de la materia, está en la esencia de la materia, la cual lleva desde su primera substancia las manifestaciones morales, intelectuales ó físicas que ahora se producen y las que se producirán eternamente.

Cada uno de nuestros defectos y de nuestras grandezas, de nuestros conocimientos y de nuestra ignorancia, halla su causa primera en la primera célula y en el primer átomo. Por eso no hay humanidades; hay humanidad. Por eso no hay ciencias; hay ciencia. Por eso no hay causas; hay causa.

Los primeros síntomas del actual socialismo, no era socialismo, era política; pero la política tendía, como el socialismo, á la libertad y al bienestar del hombre. Son fases de un todo, no son cosas distintas ni diferentes en su origen.

Carlos Marx, como Proudhon, ¿acaso no tuvieron sucesores? Nadie nace fuera de su tiempo; los tiempos mismos son continuación unos de otros, aunque del hombre afiliado á retaguardia del progreso al afiliado á la vanguardia vayan cien y mil generaciones de evolución intelectual. Cuéntense los años que dividen á Fourier de Platon; estúdiense después el sistema social del primero y la *República* del segundo y se verá que, efectivamente, de la esclavitud preconizada y hasta santificada por el más grande cantor que han tenido los dioses, al derecho á la dignidad propuesto por el *Ariosto de los utopistas*, va una evolución moral digna de abrazos.

Los caracteres poco acostumbrados al análisis y, sobre todo, aquellos que con el advenimiento del socialismo creen perder la posición social de que hoy gozan, dicen, cuando se les habla de igualdad económica: «Eso es tan viejo como el discípulo de Sócrates.» Y es porque no reúnen condiciones para comprender que la tela del socialismo está compuesta del amor al prójimo, cuyo génesis es la igualdad y la libertad, y la tela del platonismo se componía de un odio feroz hacia el humilde.

Carlos Marx, al contrario de lo que se cree, fué un hombre de acción, un revolucionario, y por serlo y por estar comprometido en algunas de las revoluciones acaecidas en Alemania, fué expulsado de su país. Quería sí, poseer el Estado; pero quería alcanzarlo por todos los medios, como predicaba con el ejemplo.

Carlos Marx nació en 1818.

Estudió la carrera de Derecho en la Universidad de Berlín, que abandonó después para estudiar la Historia y la Filosofía en la de Bonn, de cuya Universidad fué más tarde catedrático. A la muerte de Guillermo III de Prusia, acontecimiento que fué seguido de una revolución, Marx abandonó la cátedra por una plaza de redactor en la *Gaceta Rhenana*, que se había fundado en Colonia, y de la cual llegó á ser director.

Desde las columnas de la *Gaceta* hizo una formidable oposición al Gobierno alemán, oposición que dió por resultado la supresión de la *Gaceta* y el extrañamiento de su director. Refugiado en París, publicó allí los *Anales franco-alemanes*, que fueron prohibidos en Alemania, y más tarde, junto con Federico Engels, la *Santa familia contra Bruno Baner y consorte*. La primera obra se dirigía á combatir el movimiento crítico que en aquel entonces se desarrollaba en Alemania y en Francia, y la segunda era

una sátira del idealismo alemán por el *realismo histórico* representado por los autores.

A la par que á trabajos literarios y filosóficos, se dedicaba Carlos Marx á la acción revolucionaria, y descubierta su participación en un complot, el Gobierno alemán obtuvo del francés la expulsión de nuestro biografiado. De París se trasladó á Bruselas, donde continuó su vida de agitador y de periodista. En la capital de Bélgica publicó, en 1846, *Discursos sobre el libre cambio*; en 1847, *Miseria de la filosofía*, y en 1848, ayudado por Federico Engels, el *Manifiesto del partido comunista*.

Por esta época, el Gobierno alemán vuelve á temer los trabajos revolucionarios y los escritos de Carlos Marx, logrando, por la vía diplomática, que el Gabinete de Bruselas lo expulse de su territorio. Esto acontecía cuando en Francia se hallaba constituido el Gobierno provisional de Mr. Flocon, y éste abrió las puertas de Francia al emigrado. Para preparar la insurrección que se desarrolló en Alemania á últimos del 48, trasladóse de incógnito á su país, publicando, victoriosa aquélla, en la misma Colonia, la *Nueva Gaceta Rhenana* con el concurso de sus compañeros de destierro. Desde ella defendió é hizo suyos los principios de la revolución del 48, hasta que el golpe de Estado arrojó de Berlín al Gobierno nacional y suprimió la *Gaceta*, proscribiendo á sus redactores.

Marx, con sus compañeros de redacción, salió de Colonia conspirando privadamente contra el Gobierno prusiano, y cuando éste levantó el estado de sitio, Marx volvió á ponerse frente del Gobierno hasta que, descubierta una nueva conspiración, se le expulsó de Prusia en la primavera del 49. Apenas se había instalado de nuevo en París, cuando provocaba una sublevación en Prusia, que no obtuvo la victoria y que le valió á Marx la expulsión del territorio francés, á instancias del Gobierno alemán. Nuestro biografiado se dirigió á Londres, publicando en la capital de Inglaterra, á mediados de 1850, la *Nueva Gaceta Rhenana*. Allí dió al público también *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, y poco después, en 1853, *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia*.

La erudición rica que el *Museo Británico* puso á su alcance, le quitó mucho del tiempo que empleaba en las cuestiones de combate, permaneciendo algunos años separado de toda agitación política.

En 1859 aparece de nuevo en escena con su obra *Consideraciones á la crítica de la economía política*, la primera de carácter socialista.

Hasta ahora se había manifestado más como agitador político que como agitador socialista, á pesar de sus escritos anteriores publicados en la *Gaceta* á favor de la clase obrera, lo cual viene á corroborar una vez más nuestro aserto de que la sociología es una continuación de la política, y que, como hemos dicho en otra ocasión, antes de Bakounine y de Marx no había socialistas, sino una mezcla de radicalismo político, del cual participaban ellos mismos por su origen con el ideal naciente, cuya nebulosa fueron Saint-Simon y su discípulo Comte, Fourier y su escuela, al que dió forma más concreta Proudhon, al que delinearon Miguel Bakounine y Carlos Marx, y al que han acabado de purificar, en nuestro sentir, Kropotkine, Reclus, Grave y la escuela anarquista.

Consideraciones á la crítica de la economía política fué la preparación de su obra más importante y centro de todo su sistema, *El capital*. Es ésta una obra de transición; representa así como lo que representa su autor, colocado entre el mundo viejo y el mundo nuevo. La obra no es ni política ni socialista; participa de los dos campos.

Bien nos lo demuestra el autor al tratar del cambio, al admitir una representa-

ción monetaria que en la práctica engendraría los mismos vicios del capitalismo y de la propiedad privada que Marx trata de combatir. Porque si la moneda es convencional, todo lo que la equivalga lo será también, teniendo, por consiguiente, el mismo valor dentro de la sociedad y creando, al fin, la misma desigualdad que se combate.

Se acercaba el momento en el que habían de encontrarse frente a frente los dos colosos, Carlos Marx y Miguel Bakounine. El día 26 de Septiembre de 1864, en un *meeting* celebrado en Saint James s'Halle, quedó fundada la *Asociación Internacional de los Trabajadores*, cuyo Consejo interino encargó a Marx la redacción del *Manifiesto inaugural* y los *Estatutos generales*, y en la cual entraron así los elementos bakouninistas como los marxistas.

Sin embargo, no podían estar juntos temperamentos tan distintos, y sólo lo estuvieron desde la fundación de la *Internacional* hasta el 69, fecha en que los anarquistas se separaron de aquella Asociación.

Marx quería un socialismo en el que el talento de los elegidos constituyera el Estado. Bakounine, por el contrario, no tan sólo quería la destrucción del Estado, sino que preconizaba un socialismo en el que el productor constituyera la base de las relaciones humanas. Bakounine quería la tierra y sus productos para la colectividad, y Marx los reservaba para el Estado, del cual todo el mundo había de ser servidor.

Nótese bien el fenómeno que se ha producido en el socialismo desde la muerte de sus dos principales factores. El socialismo demócrata de Carlos Marx era comunista, y el socialismo ácrata de Bakounine era colectivista. Pues bien; ahora los socialistas son colectivistas en su mayoría, y los anarquistas son comunistas en su mayoría también; pero ni este comunismo es aquél ni lo es este colectivismo. El colectivismo de nuestros días no quiere, como lo pretendía Bakounine, que se dé al obrero el producto íntegro de su trabajo, ni el comunismo de ahora propone, como lo proponía Marx, que el individuo esté sujeto a los designios y resoluciones del Estado. Dignos son estos cambios de que sean tenidos en cuenta por los que a estas cuestiones dedican su actividad.

Al dividirse la *Internacional* se dividió el proletariado del mundo. España, Italia y todo el Mediodía de Francia se declaró por los bakouninistas; el Norte de Europa, singularmente Alemania, por los marxistas.

Los obreros españoles se organizaron en *Federación Regional*, cuyos congresos y conferencias eran dirigidos por los anarquistas colectivistas. Esta Federación logró una importancia inmensa. En ella jamás pudieron alcanzar ningún propósito los partidarios de la acción política, que únicamente tenían de su parte unas cuantas secciones de resistencia, las menos numerosas.

La *Federación Regional* languideció paulatinamente, hasta que los anarquistas la abandonaron y acordaron disolverla el 87, en un Congreso celebrado en Valencia. Desde aquella fecha data la preponderancia que aparentemente tiene el socialismo demócrata, y decimos aparentemente, porque el vulgo, y hasta algunos que quieren confundirse con él, creen que todos los obreros asociados son socialistas, sin distinguir la diferencia que va del societario al socialista. Aquél es partidario de una mejora en el trabajo por medio de la unión obrera, y éste pretende transformar la propiedad individual y todos los instrumentos del trabajo. El socialismo es un nuevo sistema social, y el societarismo es un medio para mejorar la vida dentro del actual régimen.

Por consiguiente, no puede usarse de las secciones de resistencia como instrumen-

to político, y si sólo como medio de propaganda socialista, porque el obrero, al entrar en la asociación de su oficio, no pretende más que una mejora en las condiciones del trabajo, y hacerle intervenir, como miembro de aquella sección, tanto si lo acuerda como si no lo acuerda la mayoría, en las luchas políticas, es atentar á la santidad de su conciencia.

En nuestro entender, los socialistas, como los anarquistas y como los republicanos, han de formar parte de las secciones de resistencia; pero ni unos ni otros deben sacar estas secciones del fin que al fundarse se propusieron. Los socialistas, no como obreros, como tales socialistas, han de constituirse en partido político, y los anarquistas, no como obreros, como tales anarquistas, han de constituirse también en partido aparte, é igualmente los republicanos.

El fin común que los une, como obreros, es la mejora inmediata de su salario. Así, pues, las secciones de resistencia, ni han de constituir un exclusivismo de secta determinada, ni han de servir para otros fines que no sean aquellos que unen á los asociados. Anarquistas y socialistas sacarán de allí y de otra parte sus adeptos; pero en cuanto sean tales adeptos, ingresarán en las agrupaciones socialistas ó en las agrupaciones anarquistas, de las cuales, y no de las secciones de resistencia, han de salir los medios para propagar el ideal.

Por eso entendemos nosotros que los anarquistas cometieron un grave error al despreciar el campo de propaganda que les proporcionaba las secciones de resistencia, como lo comete el que, por no entrar en una taberna, desprecia la ocasión de hacer comprender á los de dentro que el alcohol les perjudica.

No sería muy sincero quien dijera que Carlos Marx, al fundar la *Internacional*, se propusiera mandar diputados á las Cortes. Jamás los miembros de aquella asociación se presentaron diputados como tales miembros, sino como individuos de un partido político que entendía alcanzar sus anhelos por medio de la acción política y, más aún, de la acción revolucionaria; pues si Carlos Marx fué expulsado varias veces de su país como agitador, jamás intentó obtener un sitio en el Parlamento.

Disuelta la *Internacional* el 72 en el congreso de La Haya, Marx se retiró de la política militante, consagrándose á la terminación de su obra *El Capital*, y que murió sin terminar, víctima de una enfermedad del pecho contraída á la cabecera de su esposa moribunda y agravada por la muerte de su hija mayor. Nuestro biografiado dejó de existir el 14 de Mayo de 1883, en la capital de Inglaterra.

Marx fué discípulo de Hegel, y como tal, formó parte de la izquierda hegeliana. Como pensador, revolucionario y sociólogo, las venideras generaciones le considerarán uno de los hombres más eminentes del presente siglo.

FEDERICO URALES.





CIENCIA Y ARTE

CIENCIA Y SOCIALISMO

En el número 18 de LA REVISTA BLANCA se publica un trabajo mío que termina así:

«Conocida la causa primera de la decadencia, otro día demostraremos las accidentales, y más adelante los desastrosos efectos que en la dicha humana produce esta alteración de fuerzas orgánicas.»

En el número 22 se inserta otro escrito mío, de tesis accidental, promovido por la enfermedad que padecí. Demos, pues, el último por no escrito, y continuemos las explicaciones de las causas y de los efectos de la decadencia humana.

Dicho queda que la causa primera de aquella enfermedad es la herencia; ésta puede venir de muy lejos ó puede venir de nuestros padres. Los organismos degenerados no son siempre los mismos. Es una guerra constante contra el ambiente, en cuyo campo de batalla unos se levantan para combatir con más empuje, y otros caen para no levantarse hasta la quinta, sexta ó cincuenta generación. Según lo que te rodea, así obras ó así eres de fuerte, así decaes ó así adquieres vigor. Aun á trueque de caer en repeticiones, no quiero dejar pasar ocasión sin herir á las actuales condiciones sociales.

Hay que distinguir dos ambientes: el natural y el social; el que componen los agentes naturales: el sol, el aire, el agua, etc., y el que componen los agentes sociales: la educación, los disgustos, las alegrías, la fatiga, el vestido y hasta la comida, pues la comida, tal como se condimenta y se adultera, es uno de los factores más decididos contra la vitalidad del hombre. El ambiente social es puro accidente. Es como aquellas circunstancias que hacen de un hombre bueno un asesino, de un hombre que no presenta señales de delincuente, un criminal.

Por esto los criminalistas, que se presentan como médicos de la colectividad y no procuran cambiar las condiciones sociales, son unos embaucadores. Si á un escrofuloso ó á un anémico, para curar sus males, le aconsejas alimentación sana y aires puros, ¿por qué á una humanidad anémica, escrofulosa, decadente, no se le ha de aconsejar el establecimiento de unas condiciones sociales que permitieran la curación de sus dolencias? Porque al médico le es muy fácil ordenar á un enfermo, cuente ó no con medios, que vaya á tomar las aguas en tal sitio, ó que procure vivir en tal paraje. Decir á los acaparadores de la riqueza: vosotros tenéis la culpa de los males que sufre la especie en general, y por consiguiente, merecéis la pena á que el humanicida se ha hecho acreedor, es algo más difícil; lleva en sí la ira de los que dan dinero y mercedes y honores. Y más comprometido es aún hacer comprender á la humanidad

doliente que el remedio de sus males está en la destrucción de esta sociedad, que constituye el virus malsano de la explotación del hombre por el hombre, causa de este mortífero ambiente social.

Pero, ¡ahl, esto no lo aconsejan los médicos, que tienen valor para recetar al enfermo pobre una medicina, una operación ó un régimen que no está al alcance del bolsillo de la familia. Por aquel camino antes se llega al desprecio de los poderosos que á la celebridad, y lo que conviene es estar bien con los que disponen de todos recursos sociales y naturales.

Por esto Lombroso, Ferri, Tarde, el mismo Max Nordau, Conanjiní y todos los antropólogos y criminalistas que, teniendo un pie en la ciencia, quieren tener el otro en la actual sociedad, que los ampara y paga sus servicios con cátedras ú honores, cometen la insensatez de no tener el valor de sus convicciones, y hacen de sus debilidades y de sus complacencias con el actual régimen social una manifestación de salud, presentando como enfermos á aquellos que reúnen condiciones morales para decir que esta sociedad merece ser y ha de ser destruida. Como ellos no son ni pueden ser revolucionarios socialistas, porque van bien en el machito, y como, por otra parte, su gran talento les indica el camino que habrían de seguir si fuesen sinceros y obedecieran, no á sus conveniencias, sino á las de la humanidad, dan en decir, por ejemplo, que Jaurés y Sebastián Faure, los verbos de la revolución futura; que Zola é Ibsen, los artistas de la revolución futura; que Kropotkine y Reclus, los pensadores de la revolución futura, son unos degenerados, buenos para ser medidos por la psiquiatría.

No es nuevo eso de erigir en cualidad un defecto propio y de calificar de defecto una cualidad ajena; es nuevo, sin embargo, el carácter del pueblo, separándose de todos los que unen su reputación científica con los intereses de los que la hacen prevalecer para defender y amparar sus privilegios.

Y el ambiente, este ambiente en el cual se amparan las teorías reaccionarias, es tan convencional como la misma ciencia antropométrica. Si en la tierra se estableciera la justicia, no habría más ambiente que el que constituyera la región con su topografía, su temperatura, sus productos, sus vientos, sus lluvias, etc., porque entonces no lucharían, como ahora luchan, la sociedad contra la Naturaleza, el organismo individual contra las dificultades que á la vida opone el acaparamiento de los medios de existencia.

El ambiente social es un artificio que se ha formado para impedir que el hombre tomara sus beneficios de la Naturaleza, y este ambiente social, causa de la decadencia humana, no es una ley inmutable, es un producto de la perversidad humana, mejor dicho, de la desigualdad humana, cuyo origen se pierde envuelto en los ropajes de la civilización, pero cuyo fin se aproxima.

DOCTOR BOUDÍN.

MARTÍN EL FAMOSO

Ni casa, ni aldea; el camino desierto, cortando los campos cubiertos de centeno, de trigo, de verdura. Un sol irradiando, un cielo del medio día, de azul límpido y oscuro. Marchábamos hacia adelante sin precipitación ni fatiga, casi, puede decirse, hacia lo desconocido: al ponernos en marcha un muchacho nos había dicho, señalando con el brazo al horizonte:

—Cuando lleguéis al punto donde se divide el camino, tomad á la derecha; después de una hora de caminar, ó tal vez dos, veréis las casas, el Ayuntamiento, el río; allí hay posada. A la izquierda se encuentra el río también, pero solitario; no hallaréis ni un pedazo de pan.

Al llegar al lugar indicado tomamos á la izquierda. ¿De qué nos serviría acercarnos á la ciudad, si habríamos de volver á encontrar los hombres? Al punto querían imponérsenos de nuevo. ...Con la mente embargada por ensueños y la vista atraída por las últimas flores de los manzanos esparcidas por los campos, olvidemos en tan deliciosos parajes las negras miserias de la vida. Descanso de un momento en la eterna batalla. Mañana, la nueva etapa parecerá menos dura de recorrer.

Un camino pedregoso, una pendiente rápida, praderas florecientes y, de pronto, aparece bruscamente, bajo la sombra ligera de los álamos y de los arbustos, el agua gris del río que corre lentamente. Ni fabricas, ni cortijos; sólo la calma purificadora de los países abandonados, la serenidad egoísta de la completa soledad, el silencio, la paz, la Naturaleza. ¡Oh! ¡Qué hermosa es la humanidad desde lejos!...

De repente surgen tres siluetas, tres siluetas de una ironía intensa sobre aquel fondo lejano: dos gendarmes, indudablemente, con algún vagabundo sorprendido merodeando. Movidos por un sentimiento de hostilidad, aguardamos al grupo, decididos á intervenir, á saber. Venían con paso rápido y firme, aire resuelto, y riendo y hablando en alta voz. Nos habíamos equivocado; lo que tomamos por vagabundo era un guarda de campo, de aspecto ruín y mala facha... Pronto nos dejaron atrás, mirándonos al pasar con esa impertinencia que les confiere su misión social.

—La «ley» en marcha... No tiene nada de agradable.

Movidos de curiosidad la seguimos con la vista. Pero ¡ay! que esa aparición brutal nos ha hecho volver á las más tristes realidades. ¿Adónde van esos hombres? ¿Qué golpe intentan? ¿A qué desgraciado amenazan?... Les vemos retener el paso y al guarda-bosque gritar, señalando un punto á la orilla del río:

—¡Es el famoso Martín!

Al mismo tiempo, de una casita oculta entre los árboles sale un hombre, se detiene ante los representantes de la ley y se quita la gorra con gesto desabrido. Los otros continúan su camino sin hacer caso de semejante saludo; en tanto que el recién venido les sigue con la vista largo tiempo en silencio. Nosotros nos acercamos á él, y le decimos:

—¿Podemos descansar aquí un instante, amigo?

El hombre nos dirige una mirada inquisitiva y, de pronto, como si adivinara en nosotros una persona amiga, nos tiende la mano, invitándonos á permanecer allí todo

el tiempo que tengamos por conveniente, y colocando dos vasos y una botella de vino blanco sobre la mesa se sienta á nuestro lado lleno de confianza, y con la mayor familiaridad empezamos á hablar como antiguos amigos.

—¿A usted no le gustan, no es verdad?—dije yo, señalando el camino por donde desaparecieron los gendarmes.

—¡No los puedo ver! Y ellos me pagan en la misma moneda. Ya lo habéis oído: «el famoso Martín» soy yo...

Dijo eso con una voz grave; sus ojos brillaban, no de ira, sino de odio.

—¿Por qué os llaman famoso?

—Porque vivo aparte, casi solo, con mi mujer. Mientras que ella cultiva nuestro pedacito de tierra, yo recorro el bosque, navego por el río, siempre de noche...

—O, hablando claramente, sois cazador furtivo.

—Sí, lo soy, porque hay necesidad de serlo.

Y después, encogiéndose de hombros, agregó:

—Pero, ¿qué quiere decir todo eso? ¿No hace falta que todos vivan?... ¡Y bien! No me gusta la vida en las ciudades... ¡La conozco por experiencial! Reventarse en un taller, embrutecerse en una portería, ser el criado del uno y del otro, doblar el espinazo todos los días, siempre temiendo ser despedido al fin de la semana ó del mes: ¡ah! no; ¡eso hace tiempo que concluyó para mí! No quiero más semejante vida: he nacido hombre, y como tal quiero vivir.

—¡Bravo por el rebelde!...

—No sé si soy rebelde... Procuro vivir á mi gusto, y de este modo estoy contento. A nadie hago daño. Trabajo para mi mujer y para mí. Tengo amigos... Todos los miserables que pasan por mi puerta. ¡Mirad! Ahora poco vi á través de los árboles venir los gendarmes, y no distinguiendo bien al guarda-bosque, creí que conducían á un hermano y entré á recoger algún dinero para dárselo.

Seguimos después hablando, y yo mezclé en la conversación, impensadamente, la palabra *ley*.

—¿La ley?—dijo él.—¿Qué tengo yo que ver con la ley? ¿Soy acaso un ladrón ó un asesino?... ¿Porque pesco y cazo cuando me hace falta? Trato de comer, eso es todo.

—¿Pero, y la justicia?

—¡Que venga cuando quiera! Ese día dejaré de ser «el famoso Martín»; pero no creo se metan en empresa semejante...

Miré á mi alrededor; vi algunas flores, algunas legumbres; una huerta bien cuidada, pero pequeña.

—¡Esto no es muy grande, Martín!

Al oír estas palabras, él, que hasta entonces había estado tranquilo, se levantó cólerico, y mostrando el río, los prados, los bosques, en donde, casi anochecido, los ruiseñores comenzaban á gorgear, gritó:

—¿Qué? ¿Eso no es grande? ¿Qué más queréis? ¡Es mío, como de todo el mundo. Tengo derecho á estar aquí, á pasearme, á cazar, á pescar, á ir y venir como tenga por conveniente. Durante la noche, echados mis aparejos en medio del río, ó bien oculto en lugar oportuno atisbando mi comida del día siguiente, no temo ni á diablos, ni á hombres; desafío á todo el mundo, los gendarmes, la ley, la sociedad...

Y volviéndose á sentar «el famoso Martín», después de haber vuelto á llenar los vasos, concluyó diciendo:

—La Naturaleza es mi madre. Si algunas gentes, porque tienen millones, me la han robado, yo la vuelvo á recoger; la cosa es clara. ¿Acaso no son ellos los criminales?

HENRY LEYRET.

(Traducción de Salvochea.)

ZOLA EN LONDRES

(CONTINUACIÓN)

No hubo más; salió para la estación del Norte, donde tomó el expreso que salía para Calais á las nueve, teniendo la suerte de poder ir solo en un departamento de primera.

Clemenceau le había previamente recomendado el hotel de Grosvenor, y es muy posible que dicho señor le diera el papel con las señas de aquel á que hace referencia la historia del *Times*.

Pero sea de ello lo que quiera, Zola, que tiene una memoria excelente, no hizo uso de tal papel y al llegar á la estación de Victoria, en Londres, á las cinco y cuarenta de la mañana del 19 de Julio, el nombre del hotel á donde había resuelto ir á parar durante algunos días, brotó espontáneamente de sus labios.

Una cosa ignoraba, sin embargo, y era la gran proximidad que existía entre el hotel y la estación. Así que al tomar un carruaje y decirle al cochero que le condujera al hotel de Grosvenor, éste le miró desde el pescante con verdadero asombro.

Después trató indudablemente de explicarle lo que ocurría; pero viendo que no se hacía comprender y la insistencia del viajero, se puso en marcha y recorrió los pocos metros que le separaban de la puerta del hotel. Entonces se hizo cargo Zola de lo que el cochero le había dicho, y subiendo los escalones del vestibulo entró en el hotel, pidió cambio de un billete de cien francos, y al mismo tiempo una habitación.

Le dieron el primero en moneda inglesa, y un criado llevó al cochero el cheling de costumbre por su carrera, que esta vez había sido bien limitada.

Y como Zola no traía equipaje, se le invitó á depositar una libra esterlina en la contaduría y á inscribir su nombre en el registro, lo que efectuó en el acto, poniendo el de Pascal.

Esta fué la entrada de Zola en Londres, y como me la refirió él mismo, supongo se la considerará más digna de crédito que la novela forjada con las informaciones de Mr. Blowitz en el *Times*.

De este viaje realizado desde París aquella noche, reclinado en su asiento, mientras el expreso de Calais corría á través de las llanuras de Picardía, bajo un cielo estrellado; de su embarque á bordo del pequeño vapor que atraviesa el Canal entre el resplandor de las linternas; de su transferencia á otro tren en Douer, marchando con más rapidez hasta Londres; de sus tristes pensamientos engendrados por aquella manera brusca y solitaria de lanzársele á la emigración, volviendo casi furtivamente á la ciudad donde pocos años antes había sido recibido como uno de los literatos más notables de esta época, conservará siempre viva impresión.

También terminó este viaje en la estación de Victoria, como el de 1893. Pero, ¡qué diferencia!

Encontró la estación triste y desierta; los pasajeros se deslizan como fantasmas, desapareciendo de la escena; los mozos cruzan de un lado á otro, y los aduaneros desempeñan sus funciones soñolientos.

Ni periodistas, ni multitud de entusiastas amigos presentes; nada de delegados, mensaje y flores como entonces. Sólo el buen cochero, que indudablemente consideraba á este francés algo caprichoso, al insistir en ser transportado en carruaje á la vuelta de la esquina.

Y en el hotel no aparecía una legión de camareros dispuestos á acompañar al huésped al mejor departamento del piso principal. En lugar de eso, un recibimiento frío, una demanda de dinero, ante el temor de que pueda ser poco digno de confianza; y una vez en el elevador, es conducido sin detenerse hasta el último piso, donde después de recorrer interminables pasadizos, se encuentra al fin en un aposento que, á pesar de su elevada posición, no es de los mejores, y en el cual, sin embargo, Zola entra con placer, deseoso de descansar y de pensar un momento.

Nuevas impresiones le esperan: se halla bastante lejos de las turbas que apedreaban su casa y le insultaban cada vez que salía de ella. Aquí no encuentra hostilidad; aquí prevalece la quietud, no perturbada sino por el silbido de la locomotora, que anuncia la llegada y salida de los trenes; mas también está separado de la gran mayoría de sus amigos y afecciones.

Pero en medio de estos recuerdos, un nuevo pensamiento se presenta á su mente; saca una tarjeta de visita de su cartera, escribe en ella con lápiz algunas líneas, y la mete en un sobre, volviéndose á acostar de nuevo; y como estaba muy cansado después de un día de tantas excitaciones y un viaje tan molesto, pronto quedó profundamente dormido.

CAPITULO II

En Londres.

El martes, 19 de Julio, fui al centro de Londres para ocuparme de mis asuntos, y no volví á mi casa, que se halla situada en el extremo Sudoeste de la ciudad, hasta cerca de las siete de la tarde, dándome mi mujer inmediatamente una carta dirigida á mí y escrita con letra de Zola. Al pronto, no habiendo notado ni el sello ni la marca del correo, imaginé que había venido de París; pero al abrir el sobre encontré una tarjeta, en la que había escrito, en francés y con lápiz, lo siguiente:

«Mi querido compañero: No digáis á nadie en el mundo, y en particular á ningún periódico, que estoy en Londres, y hacedme el favor de venir á verme mañana miércoles, á las once, al hotel de Grosvenor. Preguntaréis por el señor Pascal, y sobre todo reserva absoluta, porque se juegan intereses de la más alta importancia.—Vuestro afectísimo,—*Emilio Zola.*»

De momento quedé sorprendido, al mismo tiempo que afectado por esta misiva, la primera escrita por Zola después de su salida de Francia. No le había visto desde la publicación de su novela *Paris*, que siguió á la vista de su primera causa; sólo habíamos cambiado algunas cartas.

(Se continuará.)



SECCIÓN LIBRE

EL PROBLEMA DE LA MISERIA

Es cosa irremediable en mí. Al coger la pluma para escribir, siempre se me va por el lado de los males que afligen á la humanidad. Y como si una fuerza impulsora manejara mi mano á su antojo, é infinidad de tenazas comprimieran mi cerebro cuando á tales tesis la voluntad no se presta, quedo aprisionada en callejón sin salida, no hallando palabras con que coordinar un pensamiento que haya de ser primoroso, elegante y responda mejor á la forma que al fondo.

Sin embargo, *mi público*, por supuesto, el público que lee mis cuartillas, que lo tengo, y muy complaciente y bondadoso, estoy convencida de que no considerará nunca como una prolongada *lata* mis escritos equilibristas en torno los problemas palpitantes que en la actualidad privan, y hay necesidad que así sea, entre los que se preocupan del bienestar común.

Todas las causas nobles han tenido sus cantores; permítaseme, pues, que yo sea el buen ó mal prosista de la miseria, y que fustigue hoy y anatematice mañana y siempre á esta sociedad que la crea y la consiente como los dioses buenos anatematizaban y fustigaban á los manes que creaban y consentían el infierno y el sacrificio.

Muchos sabios economistas se preocupan del problema de la miseria, pero ninguno da en el clavo. ¿Por qué? Porque aceptan la base de la sociedad tal como está, y dejando en pie la causa, no se extingue el efecto. Además, ellos pretenden aligerar la miseria, pero no acabar con ella. Reconocen como fatalidad innata en la humanidad la existencia de pobres y ricos, y como no conciben un estado social que al poner los productos, tanto naturales como artificiales, á disposición de todos los hombres, establecerá la igualdad económica, extirpando la miseria, por arrancársela de raíz, claro está que no pueden salir de su reglamentación forzosamente impuesta por los defensores de esta sociedad, y no ven la manera de hacerla desaparecer.

Los libertarios, sin ser sabios economistas, hemos encontrado la fórmula de concluir con este estado de envilecimiento en que yace una más que regular parte de la humanidad. Y la hemos encontrado, sin recurrir á la caridad, como hacen los burgueses filántropos, pues por sabido tenemos que no es ella el mejor remedio para extirpar la pobreza.

Profundizando el mal latente en las modernas sociedades y sin dejarnos obsesionar por los pesimismoes, que son parte principalísima á las desilusiones de los gastados por las luchas políticas, ni quedar embaucados con los optimismos de los que todo lo aguardan de la casualidad, que llaman Providencia, hemos podido encontrar

un diagnóstico verdad, que, cortando por lo sano, acabe con todos los males que corroen la sociedad.

Cambiando la organización actual por una donde, por el solo hecho de echarnos al mundo, tengamos garantida la vida; donde haya corporaciones que cuiden de nuestro desarrollo físico é intelectual, de nuestra educación é instrucción (que probado está es imposible en el hogar doméstico, aun disponiendo de gran fortuna); donde se transforme el modo de ser de la familia, producto de una sociedad egoísta que nos obliga á reunirnos en pequeños grupos para las contingencias de la vida, y donde sea un hecho la libertad individual y el bienestar común, habrá desaparecido todo cuanto tienda á hacer factible la escasez, y el problema de la miseria estará resuelto.

La lógica dirá, pues, á nuestros lectores más que nuestras palabras, que, con la sociedad que defendemos se extirpará la miseria al acabar la insultante iniquidad de consentir que unos gasten más de lo superfluo cuando á tantos otros les falta lo necesario.

SOLEDAZ GUSTAVO.

LUZ Y VIDA

Las plantas privadas de luz no se coloran ni se desarrollan. Bajo un cielo cubierto de nubes descomponen el ácido carbónico de la atmósfera con más lentitud que en un día despejado. Moleschott ha probado que nuestra fuerza muscular está en correlación íntima con la acción de la luz solar, que la obscuridad detiene todos los fenómenos de la vida, es decir, que los debilita ó los paraliza. Así, por ejemplo, la rana exhala mayor cantidad de ácido carbónico en la luz que en la obscuridad. La falta de luz y de aire, unida á malas condiciones alimenticias, da origen á esa plaga de la especie humana que se llama degeneración física, que va siempre acompañada de la deformación ó de la atrofia del más noble de nuestros órganos, del cerebro. Y no sólo se produce este fenómeno en los profundos valles alpestres, donde reina la sombra y la humedad, sino también en los barrios populosos y miserables de nuestras grandes ciudades, donde el sol apenas penetra.

Nos asombraríamos si supiéramos el número de gentes que por ignorancia huyen de la luz. Hombre de Estado y de saber hay que impiden el acceso de la luz á las habitaciones. No cesaremos de decirlo: nuestras casas serán tanto más salubres y los hombres tanto más sanos cuanto dispongamos de más luz, aire y espacio.

Sucede en el mundo intelectual y en el mundo moral lo que en el mundo físico. La luz para el cerebro y para el cuerpo es una primera materia. Allí donde brilla la luz, es decir, allí donde hay conocimientos, ciencia, instrucción, cultura y verdad, allí también se encuentra la salud y el bienestar del espíritu. Por el contrario, allí donde reinan las tinieblas de la ignorancia, la estupidez, la superstición, enemigos eternos, irreconciliables, de la humanidad, que arrastran tras sí la servidumbre y la esclavitud, allí vemos á los pueblos y á los individuos atrasados. Las luces de la instrucción jamás serán perjudiciales al hombre; siempre serán beneficiosas. La mentira, ese es el enemigo. En cuanto á la verdad, por dolorosa que á veces nos parezca, cualesquiera que

sean los sufrimientos y los pesares que suscite al atacar viejas preocupaciones, errores que nos son queridos, no por eso deja de ser nuestra mejor amiga.

El deber del sabio, el del hombre instruido, como ha dicho perfectamente Schopenhauer, es perseguir sin cesar el error, luchar con él cuerpo á cuerpo y batirlo, aun cuando la humanidad, como enfermo al cual se sondan las heridas y á quien se quiere devolver la salud, exhale gritos dolorosos.

Terminemos con las palabras tan bellas y tan profundas que pronunció el gran poeta alemán al dejar la vida. Desgraciadamente, á fuerza de ser aplicadas á diestro y siniestro esas palabras han llegado á ser triviales. Digamos, pues, con Goethe:

Luz, más luz.

BÜCHNER.

DEL AMOR LIBRE

Para D. S.

I

El amor libre es uno de los puntos más discutidos y no comprendidos (sin ser el menos asequible) de los que integran el grandioso ideal anarquista, á causa de los prejuicios inveterados que lleva la sociedad presente y de tratarse de una pasión tan dueña de la voluntad humana.

Conviene, pues, en primer lugar, sustraerse cuanto sea posible á toda influencia atávica, para analizar serenamente la ética informadora del tema anunciado.

Y antes de entrar en él debo advertir que mi labor tendrá la cualidad de ser absolutamente sincera, aun en aquello que pueda no agradar á los caracteres tímidos que tengan la paciencia de leerme; pero solamente de aquel modo debe hablarse cuando se trata de llegar, escudriñando, escudriñando, á la posesión de la verdad y de la lógica, aunque la fuerza de esta misma lógica nos desgarré algo íntimo de nuestro ser, engendrado, crecido y educado en medio de la corruptela y del engaño, y, cuando más, de una moral casera, producto de la anemia cerebral imperante, que consiste en aniquilar en germen la existencia de la mujer, con el casto fin de conservar la honra, como si ésta pudiera hallarse en otra parte que no sea la vida moral del ser femenino.

*
* *

Para hablar del matrimonio, concretaré en la siguiente forma:

La unión para siempre entre hombre y mujer, ¿es racional? ¿Debe considerarse como medio para adquirir la mayor suma de felicidad posible en las relaciones sexuales? No, si la unión constante no es resultado de la constante estima.

Y esta teoría razonabilísima, patrocinada, en principio, hasta por los legisladores que elaboraron la ley del divorcio, la sociedad presente se resiste á aceptarla, cuando no la combate con saña.

¿Con qué fundamento pueden el hombre y la mujer jurarse eterno amor y admitir buenamente los mandatos de la ley y las exigencias de la tradición de la sociedad actual? El valor *indubitable* de aquellos juramentos y las ventajas *patentísimas* de estas intervenciones lo hallaréis en casas de expósitos, en hospitales, en conventos, en casas

de lenocinio, en novelas, en obras dramáticas, en hechos relatados comunmente por la prensa, en lo que observamos en nuestras relaciones particulares, y finalmente, en los millones de casos que no se leen ni se sabe nada de ellos, porque... pasan en silencio en los misterios del hogar, aunque minan existencias.

La unión de dos seres amantes debe ser para mientras se quieran sea poco ó mucho tiempo. Pero nada de asegurar lo que es hijo de las circunstancias, que la naturaleza determinará. Y no tratemos, orgullosos de nosotros, de rebelarnos contra ésta, porque nos aplastará tantas cuantas veces lo intentemos. No nos liguemos para siempre con una persona, cuando no podemos saber si le descubriremos con el tiempo un algo que para nosotros será aborrecible y que nos determinará una repulsión irresistible hacia ella.

El bien está en la unión sincera, muy sincera y libremente ejecutada, para romperla en cuanto no haya amor, y quedar en condiciones de hacer lo que á los dos bien les parezca.

*
* *

La parte crítica del matrimonio se ha hecho en todas las formas y tonos, y generalmente se reconoce, pero no se acepta la superioridad del amor libre. Y es que con éste sucede lo que á toda innovación: hablad, condenándolo, de lo que mejor os parezca; pero afirmad algo nuevo, desconocido y que transforme. Se os da la razón en teoría, y se añade acto continuo: «Bien, pero ¿quién ó cómo se garantiza la estabilidad de esto que, á pesar de todo, muy bueno me parece?»

Si se conviene que es bueno, me huelga saber más, y si dolerme en extremo que personas ilustradas y despreocupadas déjense llevar por un miedo cerval á la práctica de lo nuevo, cuando esto sólo debería ser patrimonio del vulgo. Este universal espíritu de horror más ó menos intenso á toda innovación se encuentra perfectamente condensado en su espíritu por el estúpido refrán usado en Cataluña: *Val mes un boig conegut que un savi per conèixer*.

*
* *

Cuando los enemigos del amor libre vense desalojados de las posiciones que ellos creían inexpugnables, intentan *resistir heroicamente* tras la última trinchera que les queda y objetan: «Es cierto lo que decís del matrimonio. También nosotros nos habíamos dado cuenta de su imperfección extrema. Pero, á pesar de todo, las leyes sancionadoras del amor siempre infundirán cierto respeto ó temor al pensar en sus inexorables efectos, y esto hará que, á pesar de las extralimitaciones que pueda haber, resulten un freno para la mayoría, y por lo mismo un bien.» ¡A los hombres prácticos que jamás se apartan, dicen, de la realidad de las cosas, vedlos ahí forjándose ilusiones!

Vemos constantemente que las leyes son ineficaces para reprimir, porque se burlan, se evade su cumplimiento. No es necesario romper siempre abiertamente contra ellas, no. Esto tan sólo es patrimonio de los revolucionarios, por su espíritu de rebeldía.

Por otra parte, las leyes reguladoras del amor, con la presente organización social, han acarreado á la humanidad infinidad de males. No es prurito de oposición lo que decimos, y vamos á probarlo con algunos, pero elocuentísimos ejemplos.

Vemos constantemente que la ley del matrimonio es una garantía eficacísima

para el hombre despótico en el seno del hogar, y un medio para aplacarle las agallas (vulgar, pero gráfica) no hay duda alguna que es el amor libre. La unión basada en el libérrimo consentimiento pondría al hombre en continuo peligro de verse abandonado si su conducta no fuera correcta, y esto haría que el marido tuviera para su compañera las consideraciones y miramientos que mereciese, de las cuales prescinde hoy con su unión sancionada por el juez y por el cura, que, después de todo, en un caso de pleito, casi siempre daránle la razón.

Vemos constantemente que los Gobiernos han de apoyar de modo decisivo á la grande y asquerosa llaga de la prostitución, porque teniendo *reglamentado* el amor y con la organización económica social que imponen á los pueblos, ¡ay de ellos! si no dieran á sus oprimidos la válvula de escape, personificada por un ser que por sí solo es ya una condenación implacable de este mundo infame: la infeliz ramera.

Vemos constantemente que las leyes del amor son la principal causante del terrible onanismo, verdadero azote que agosta y aniquila al ser humano en el más hermoso período de la vida, la juventud, haciéndole impotente para engendrar robusta prole. (Debe tenerse presente que la *válvula de escape* de que hablo en el párrafo anterior no reza para nada con la mujer.)

¡Gentes del pasado! Tenéis tan puesto en la mollera que todo se arregla con medidas coercitivas que mirad, mirad cómo os deslizáis sin miedo hacia las profundidades del abismo.

R. COSTA.

(Continuará.)

Próximamente se publicará el anunciado segundo volumen de nuestra Biblioteca, con el retrato y biografía del autor, Pedro Kropotkine, escrita por Anselmo Lorenzo.

Es muy fácil que el precio sea el mismo de *La sociedad futura*, esto es, 20 céntimos ejemplar y 2,80 pesetas 20 ejemplares.



TRIBUNA DEL OBRERO

QUEREMOS REVISIÓN

¿Se logrará se revise el monstruoso proceso de Montjuich, que unánimemente pide la masa del pueblo español? Lo dudo: pues no hay que fiar en la llamada *Justicia*, en el seno de la corrompida sociedad en que vivimos.

El Gobierno que rige la nación española busca subterfugios para ofuscar lo que está más claro que la luz en la conciencia de todo honrado ciudadano. ¿Por qué obra así, á pesar del clamoreo general de este país y de la indignación de hombres de corazón de los demás países, que se precian de rendir culto á la civilización humana?

Realizando una revisión verdad, el juez ó jueces encargados de la misma tendrían que esclarecer los puntos siguientes: Quién arrojó la bomba. Quién la construyó. Quién ó quiénes iniciaron el crimen é indujeron á cometerlo, etc., pudiendo encontrarse á inductores muy altos y á autores de regular altura, algo más que no conviene á la reacción que pretende avasallarnos, se descubra; pero que, en su fuero interno, el pueblo ya lo ha descubierto hace tiempo.

No obstante, vendrá la revisión de tan horrible proceso, pero la hará de modo SINCERO el pueblo en día de revolución, quizá no muy lejano.

En tan fausto día, habrá revisión del petardo de la plaza Real, de Barcelona; del proceso á consecuencia del *meeting* de la juventud escolar liberal; del de la Granvía; de las torturas de Montjuich, y de otras anteriores. Los proletarios andaluces son los que más trabajo tendrán para revisar, desde el 73 á la fecha, las infamias con ellos cometidas, á estilo de Bastilla catalana, por individuos de la benemérita.

Causaría risa, si de tan abominable proceso no chorreara sangre y lágrimas, el empeño que se tiene en ocultar lo que en Montjuich sucedió.

No extraño tal conducta; la sé de memoria cuando de proletarios se trata. Después de fusilados los inocentes, se puso dentro de los ataúdes en que fueron colocados, mucha CAL, ¿y con qué objeto?

En contra de la revisión hay quien dice que debe irse con cautela para no ofender al ejército, pues podría estallar grandioso conflicto militar y no conviene suceda. A tan bobo argumento debe responderse que el ejército—dejando aparte la feroz Ordenanza—cuenta en su seno hombres de corazón generoso; y tanto es así, que sin el altruismo de muchos militares, los hijos de Torquemada se habrían ensañado mucho más con los presos á consecuencia del atentado feroz de la calle de Cambios. Desde aquí doy un abrazo á los individuos del ejército que, con su ayuda, se pudo enterar á la prensa de las infamias que en contra nuestra cometían en el maldito castillo los modernos inquisidores.

El pueblo debe tener en cuenta que, con el pretexto del salvaje crimen cometido

en la calle de Cambios, sufrieron prisión unos 500 seres humanos de ideas socialistas, anarquistas, masones, espiritistas, maestros laicos, republicanos y liberales de todos matices, procesando á 87, pidiendo el señor «Cierro los ojos á la razón» 28 cabezas y 59 cadenas perpetuas. El resto á Río de Oro, y *tutti contenti*.

Mi humilde criterio es que, si los libertarios queremos, se logrará la libertad de los inocentes. Todo lo que puede suceder es que vayan fusilándonos y mandándonos á presidio á muchos más; pero la bondad de nuestros ideales y el amor á la humanidad que entrañan los mismos vencerán en breve plazo á la reacción y estupidez capitalista, y se planteará sólidamente la solidaridad y fraternidad de la humana raza en ambos hemisferios.

ABAYÁ.

ENTRE JARAS Y BREZOS

II

Recuerdo, querido Teófilo, que contestando tú á una pregunta mía sobre la fatalidad de tu suerte, contestaste: «¿Qué más soy yo que mis compañeros, para quejarme? Me resigno: yo también me acostumbraré, como ellos, al rudo y penoso trabajo; pero no me abandones ni me olvides tú.»

¡Resignación de santo, resignación heroica!

Resignación que admiro y que forma mi consuelo cada vez que tropiezo en la agria cuesta de mi Tabor, procurando imitarte, sin abandonarte ni olvidarte.

Estabas tú muy cerca de mí, en el Círculo Federal de Nerva, cierta noche en que á los comienzos de mi discurso, interrumpido muchas veces por los entusiasmos de los buenos y numerosos republicanos, trabajadores todos, decía yo, con frases nacidas todavía más del corazón que de la inspiración y de la idea:

«Educado yo por padres pobres, y muy liberales por cierto, en el Evangelio de Cristo y en las doctrinas democráticas, gusté desde muy niño conocerlas en esencia y en su fondo. He estudiado todo cuanto he podido y me lo han permitido mis ocupaciones; y con el estudio primero, y después con mis meditaciones, hanse ido poco á poco inculcando en mi cerebro y arraigando en el corazón las ideas libres y emancipadoras, que aunque yo hubiese sido engendrado y nacido entre las tapizadas paredes de un palacio y mecido en cuna de oro y seda, descendería á la cabaña del pastor y á la buhardilla del obrero á compartir con ellos el sufrimiento y el dolor.»

Te refresco la memoria con esto, para si alguna vez has dudado de mi sinceridad y lealtad, mostrarte con lo presente que sigo siempre el mismo, y bien quisiera yo aliviar la suerte de los hijos del trabajo, mitigando sus dolores.

Hoy, que ya no puedo formar tu encanto con la pobre é inculta palabra mía, según me dices, te consuelas cuando lees en la prensa algún mal hecho escrito mío, porque en él ves y hallas tu alma unida con la mía.

¡Ah, querido Teófilo! En la dulce calma de estas sierras, pobladas de añosos y seculares castaños; en la tranquila paz de este poblado, con calles de piedras blanquísimas cual la nieve, que reflejan la felicidad de sus hogares, no siendo manchadas nunca con la preciosa sangre de sus hijos por las balas de los bárbaros, como en Ríotinto; en medio de la dicha feliz que proporcionan estos campos, hasta en el fúnebre in-

vierno, poético por la variedad de su arbolado; entre las malezas y el tomillo, las jaras y los floridos brezos, yo he sentido tu dolor y padecido contigo.

Cuando la brisa leve, cimbreando apenas las copas de esmeralda de los árboles, llega á acariciar mi frente, sintiendo grato placer al respirarla, acuérdomme siempre del pueblo en que crecí, me eduqué y me hice hombre, donde la atmósfera caliginosa que se respira aniquila y mata.

Y ya que no pueda yo otra cosa hacer por el pueblo donde sentí y se agitó mi espíritu en tan numerosas y varias impresiones de niño, de adolescente y de joven amante del ideal, dedícole esta serie de artículos, que en números sucesivos irán apareciendo, los cuales, coleccionados todos, formarán un libro de escaso mérito literario, como de quien lo escribe, pero inspirado en el más elevado ideal de justicia y en más puro sentimiento del corazón que aún no sabe lo que es odio ni rencor.

Al escribir *Entre jaras y brezos*, hágolo, pues, con el sólo fin de señalar un mal grandísimo y conmemorar sucesos históricos y tristes que pasaron, dejando en mi corazón profundas heridas, buscando á un mismo tiempo en las letras un refugio á las tempestades del espíritu acongojado y un baluarte inexpugnable á las tentaciones de la sociedad viciosa, sin fe, sin ideales ni amor por el arte, que se revuelca en el lodazal del más estúpido y repugnante materialismo.

Dichoso yo si logro fijar la atención de mis compañeros, para los cuales escribo, sintiendo sólo el no poderles dar con mi tosca y pobre pluma todo el bien material, intelectual y moral que mi alma desea.

Y una vez terminado mi libro en estas páginas de LA REVISTA BLANCA, á la cual amo como el hijo mozo á la madre amantísima y cuidadosa que le prepara el ajuar para las bodas de su emancipación, de su dicha y felicidad; si merezco la aprobación, que espero, de todos los nobles hijos del trabajo y de los hombres todos amantes del ideal y de la justicia, aún quizás me queden fuerzas para seguir luchando por la emancipación del siervo, dichoso, feliz y redimido.

AURELIO MUÑIZ.

Galaroza (Huelva), 1899.



Cuentan que habiendo hecho elegir á un hombre entre la vida y la abjuración de sus ideas, y habiendo preferido la muerte á la retractación, la filosofía humana grabó en su historia las siguientes palabras: *Ya el progreso jamás se estacionará; nadie podrá apagar el fuego intelectual desde el momento que los genios ofrecen sus cuerpos por combustible.*

Las revoluciones no las motivan los hombres, pues éstos son sólo efectos de una revolución eterna.

URALES.